

VOLVER A MI TIERRA

*Candelaria Vargas Torres**

María no se cansaba de mirar las garzas, los patos yuyos, las tarullas, de disfrutar el olor inconfundible de las matas de arroz sembradas a unos metros de la orilla, los árboles de mango de rosa con sus ramas colgando hacia el río, los robles imponentemente levantados en medio del campo, los cedros gigantes; los naranjales llenos de frutas, que de tanto cargarlas caían al río formando un tropelín; los peces saltando de un lado a otro y de vez en cuando golpeando la cara de los pasajeros, escuchando el cantar de los Sangre de Toro, los azulejos o las piguas que cruzando los aires avisan de la presencia de intrusos.

Su paisaje estaba allí, tal cual lo recordaba, tal cual lo recordó cada día desde su partida, tal cual lo mantuvo en su mente, como un cuadro para que no se borrara de sus recuerdos; para no olvidar ni uno solo de sus detalles, sus olores, sus sabores, sus cantares. Estaban ante ella y todos sus sentidos comprobaban que era idéntico, inamovible, bellissimo.

A eso de las tres de la tarde, vislumbró a lo lejos la torre de la iglesia, símbolo incuestionable de que llegaría pronto a su Pueblo. Sería cosa de unos cuarenta minutos a lo máximo. Pronto aparecería León Blanco, La Boca de

Zapata, los Pandos, la finca donde criaban los pavos reales y la vieja arrocera, en señal de que había llegado al destino final.

Esa visión hizo que le saltara el corazón de la emoción. Ella no podría describir lo que sentía al ver la vieja torre; allí estaba plantada en medio del paisaje, hermosa, seguía siendo hermosa. Así la recordó siempre, imponente, altiva; con la imagen de San José guardando el paisaje, parecía emerger en medio del agua. Sí del agua. La Chalupa se encontraba en medio del caño de los Naranjos, pero era invierno y todo a su alrededor era agua.

“La torre” pensó, y recordó cuando a escondidas de su abuela y de su tía, y aprovechando que el párroco hacía la siesta, ella y su hermano se subían hasta el campanario con todos los amigos (Alfre, Mónica, Lili, Luis, Álvaro, Rocío, María Claudia). Desde allí veían todo el campo; qué grande era la tierra, imaginando hacia dónde quedaba Bogotá, o Lima, o Nueva York, nombres de ciudades que escuchaba por la radio, pero de las que no tenía ni idea dónde quedaban, soñando con conocer nuevos mundos, soñando con tierras y mares desconocidos, imaginando donde estaban

* Docente Facultad de Derecho de la Universidad Libre, Sede Cartagena.

los príncipes y princesas de los cuentos que, sentada a la puerta de la casa, les contaba la abuela Ufe por las noches.

Y seguían atropellándole los recuerdos. Recordó cuando a escondidas le pedían a alguien en la orilla que les cruzara al otro lado del río para elevar cometa, o para buscar musgo con que hacer el pesebre de la iglesia. Allí el campo era más abierto, podrían correr y correr y no había peligro alguno, el único peligro era ser descubiertos. Ya sabían que eso significaba un castigo, y colectivo, porque todos los padres lo sabrían y el castigo era para todos.

Si, su tierra se acercaba o ella se acercaba a su terruño. Qué alegría volver a recorrer sus viejas calles, tomar viranga donde Tere, comer arepa de arroz donde la niña Chepa, tomar claro del que vendía Cleofe, horchata donde Escola o un fresco en la puerta del teatro ¡Qué delicia!, ¡Se le hacía la boca agua!

Pero ¿sería la misma su tierra? ¿Cómo estarían sus calles, aún polvorientas?. La arrocera estaría en el mismo lugar?. La plaza donde su hermano soñaba con ser el mejor futbolista del mundo, sería igual de grande?. El parque, la iglesia, sus vitrales, sus frescos (aquellos que según le contaba su abuela había pintado un sacerdote español).

¿Y cómo sería su gente?.

Sí, su gente. Ya no conocería a nadie de esa tierra. Hacía más de cuarenta años que había partido de allí. Salió con toda su familia, cuando ésta decidió irse a vivir a otra región; para, como decía su mamá, buscar un mejor futuro para sus hijos.

Ella, pensaba María, sería una total desconocida, ya nadie se alegraría con su llegada, nadie saldría al puerto a recibirla. Sus seres queridos se habían ido, y ahora su tierra natal estaría habitada por personas totalmente extrañas, muchas venidas de otras regiones, gentes como ella, víctimas de la violencia.

De pronto sintió miedo, mucho miedo, miedo de enfrentarse con un pueblo desconocido, miedo de no poder identificar los rostros de su gente, miedo de andar por lugares extraños, y sintió deseos de salir corriendo, de devolverse. Pero ¿cómo lo hacía?. A su tierra sólo se llegaba en Chalupa, y sólo viajaba una por día, no tenía salida, debía enfrentar su realidad, convencerse de que su pueblo no existía. Debía andar unas nuevas calles y saludar a otras gentes, el tiempo había pasado y ella no tenía ocho años.

Cuando se encontraba pensando en esa realidad, sonó la alarma de su celular, indicando que eran las cuatro de la mañana y debía levantarse a trabajar.